UN TRIUNFADOR MUERTO

Por PEDRO LAIN ENTRALGO

La sección necrológica del *Time,* el archifamoso semanario neoyorquino, daba hace pocos días noticia de la súbita defunción del médico español Félix Martí-Ibáñez. Por tanto, de un hombre verdaderamente notorio, de un triunfador, porque de otro modo esa comunicación no habría ascendido a tan eminente obituario. Pero ¿cuántos son los médicos españoles a cuyos oídos o a cuyos ojos ha llegado el nombre de este médico? Que mi homenaje póstumo al amigo muerto consista, pues, en un relato de lo que para mí fue.

Allá por el año 1935—antes, por tanto, del diluvio—leí en una revista médica, no recuerdo en cuál, un bonito artículo sobre la Medicina en la *Celestina.* Mucho tiempo después, con motivo de un homenaje de la villa de Puebla de Montalbán a Fernando de Rojas, había de comparar yo la actitud ante la naturaleza del hombre entonces homenajeado con la de otros dos también geniales contemporáneos suyos, Paracelso y Botticelli. Pero esto no viene ahora al caso. Lo que sí viene es que el artículo a que acabo de referirme iba firmado por un médico para mí desconocido, cuyo nombre ya nunca habría de olvidárseme: Félix Martí-Ibáñez.

Pasó el tiempo, corrió una vez más la sangre sobre nuestra tierra, nos separamos los españoles—¿cuántos son todavía los que en el exilio viven su dolor y su nostalgia?—, llegué yo a la Cátedra madrileña de Historia de la Medicina y comencé a publicar algún trabajo sobre mi disciplina académica. Y pensando no hacerlo sino para los hispanohablantes de esta ribera, porque nuestro aislamiento era entonces grande, he aquí que una excelente amiga, la esposa del profesor Bustinza, me pidió para un médico español radicado en Nueva York todo cuanto yo fuese dando a la imprenta. Pregunté por su nombre. «Félix Martí-Ibáñez», me respondieron. Desde su exilio, por encima del exilio, el joven estudioso de la *Celestina* se dirigía con amable atención hacia mí. Con lo cual demostraba la profunda verdad de una frase que hace no muchos meses he pronunciado yo: «No ellos y nosotros; más bien, simplemente nosotros, sólo que en otra parte; los de América, para los de aquí, y los de aquí, para los de América.»

Más años aún. Varios después de esa primera comunicación, escrita en 1950, se celebraba en Amsterdam un Congreso Internacional de Historia de la Medicina, y en una de sus sesiones oí, pronunciada en excelente inglés, una preciosa disertación acerca de las intoxicaciones por heridas de flecha entre los pueblos primitivos. A su término me acerqué al exponente y leí sobre su solapa un ya conocido y estimado nombre: «Dr. F. Martí-Ibáñez». Me presenté a él sin demora, y lo que hasta entonces había sido buena disposición recíproca, empezó a trocarse en creciente amistad. Volvimos a vernos en otro Congreso Internacional de Historia de la Medicina, el de Roma (1953), y más tarde, ya con calma, en Nueva York. Pero uno de nuestros encuentros neoyorquinos merece más detenido relato.

Comenzaba, y con fuerza, el estío de 1957. Poco antes de mi regreso a España, una llamada telefónica de Félix, con quien, naturalmente, ya me había reunido varias veces: «Quiero que nos reserve usted—hablaba también en nombre de su mujer, cuya temprana muerte tanto había de afectar a nuestro amigo—su última noche en Nueva York.» Así fue. Cenamos los tres en un delicioso restaurante. «Después de tantos museos y tantos rascacielos, me gustaría ofrecerle algo también muy neoyorquino: una comedia musical de Broadway», me dijo a los postres. Muy bien la recuerdo: *Bells are ringing* era su título. «¿Por qué no pasamos unos minutos por uno de los más pintorescos *corners* de la ciudad, en el que suelen reunirse autores teatrales, actores y músicos?» La verdad es que para un curioso de la vida, y yo lo soy, valía la pena. Y cuando ya salíamos del teatro, una nueva y más amistosa petición: «Si no está usted cansado, me gustaría que pasásemos por mi apartamento para tomar juntos, como despedida, una copa de champaña.» Pocos minutos más tarde, en un salón desde cuyo ventanal se veía de cerca la línea de rascacielos de South Central Park, los tres, con nuestra copa de champaña en la mano, nos acercamos a esa vidriera. Aún tengo en mis oídos las palabras, veladas por la emoción, que me dijo mi amigo muerto: «Más allá, mucho más allá de esos rascacielos, está España, y aquí vengo con frecuencia para imaginarla. Y con especial nostalgia en dos épocas del año: los días de primavera, cuando florecen esos árboles, y las noches de Navidad, cuando a esos centenares de ventanas de South Central Park les hace brillar como gemas la luz que entonces irradian.» Bebimos en silencio por el bien de nuestra lejanísima España; dije yo unas frases que me salieron del corazón; nos abrazamos conmovidamente, y, con lágrimas en los ojos, nos despedimos cuando la enorme ciudad dormía y el sol empezaba a hacer de nácar el cielo de Iberia. Luego, algunos años más tarde, una visita fallida a las oficinas de MD—fallida porque Félix estaba esos días en el Canadá—, y cartas, más veces suyas que mías, y mutuo envío de libros, y por fin, inesperada y brutal, la noticia cablegráfica de su muerte repentina. Un corazón lleno de amor y dolor de España había cesado de latir en Nueva York.

Mas no sólo por todo esto le recuerdo aquí; le recuerdo también porque Félix Martí-Ibáñez fue uno de los más grandes entre los españoles que han sido grandes triunfadores en los Estados Unidos. Diré cómo ha sido.

Dio a Martí-Ibáñez su triunfo en Norteamérica la feliz conjunción de tres destacados talentos: sus excelentes dotes de escritor, su viva imaginación creadora y su gran capacidad de organización. Sin aquéllos no hubiera sido autor de los delicados libros que hoy llevan su nombre; sin estas otras no habría llegado a crear la que fue su máxima obra, esa espléndida, colosal y polifacética revista que lleva su nombre: MD («Medical Doctor»).

Nada comparable con MD ha existido en el mundo desde que, en el siglo XVII, comenzó su vida la prensa médica; nada comparable en magnitud, contenido y presencia. Imagínese el volumen de la empresa pensando que sus dos ediciones en inglés las reciben todos los médicos anglohablantes de los Estados Unidos, Canadá, Australia y costa Oeste del Pacífico, y su edición en castellano, todos los galenos hispanohablantes de ambas Américas. Pero a tan enorme cantidad—tiradas de centenares de miles, cuadernos de más de un centenar de páginas—la hacían especialmente valiosa el contenido y la presencia de cada número: breve y sugestiva noticia de los más importantes avances de la Medicina, excelentes artículos de divulgación acerca de temas históricos, literarios, geográficos, artísticos y filosóficos; muy bien compuestas biografías de grandes hombres de toda laya, cuidada información cinematográfica con finos toques de «celuloide rancio», reseñas teatrales y bibliográficas; todo ello ilustrado con la mejor iconografía antigua y moderna. Nunca, nunca ha sido puesto en manos de los médicos un vehículo de cultura médica y cultura general tan calificado y eficaz como el MD de Félix Martí-Ibáñez, y así lo reconocía tácita y públicamente la inclusión de la noticia de su muerte en la sección necrológica del *Time*.

Pero los españoles, médicos o no, ¿debemos contentarnos con el elogio de MD que pueda hacer cualquiera de sus lectores? ¿Podemos olvidar la frecuencia, la calidad y el amor con que todo lo que en nuestro país ha tenido verdadera eminencia, paisaje, arte, letras, pensamiento, ciencia, hombres o hazañas, ha ido apareciendo en las páginas de MD? Aquel sentimiento que ante mí expresó Félix Martí-Ibáñez la noche neoyorquina, en que su corazón y su mirada traspasaban, camino de España, los rascacielos de South Central Park, se hizo realidad visible y legible en las páginas de su gran revista. Aplicado ahora al cuerpo físico y a la vida histórica de España, por fuerza hay que repetir con igual energía mi precedente aserto: dentro del ámbito de habla inglesa y en el área de la fracción americana de la nuestra, nunca, nunca el prestigio de la cultura española, sin los ditirambos al uso, sólo con veraces y límpidas exposiciones, ha sido tan eficazmente proclamado y difundido. Centenares de miles de médicos del mundo entero han podido así aprender «sin lágrimas», como el latín y el griego en dos gramáticas francesas antaño célebres, qué son Toledo y Salamanca y quiénes fueron Cajal y Huarte de San Juan, Ortega y Marañón, Unamuno y Pizarro. Y todo ello por puro amor, sin la esperanza de otra recompensa que la gratitud de pocos, muy pocos españoles residentes en el viejo solar nativo.

Tal fue la obra gigantesca del Félix Martí-Ibáñez imaginativo y organizador. Su magnitud, sin embargo, no puede y no debe ocultar la exquisita calidad inte-

lectual y literaria de los artículos y los libros que en castellano y en inglés, porque en los dos idiomas llegó a ser él maestro, nos ha dejado el gran escritor que acabamos de perder. *Ariel, La flecha de cristal, Centauro, Viaje en torno a mí mismo, Relatos de filosofía, La saga de los antibióticos, Valses y otras historias* son, en castellano, algunos de sus títulos; artículos y libros de Historia de la Medicina—había sido profesor de esta materia en el New York Medical College y fue siempre el más fiel entusiasta de los lectores y propagandistas de Henry E. Sigerit, el eminente historiador del saber y el quehacer de los médicos—, de viajes, de meditación intelectual y estética. Personalmente, sus libros de viajes son los que yo prefiero; las páginas en que tan bella y diestramente se aunaban su aguda y multiforme sensibilidad artística, su grande y escogida cultura, su hondo amor a la realidad y a la hazaña histórica del hombre. En una antología mundial de textos literarios consagrados al tema del viaje, ¿podría acaso faltar uno de Félix Martí-Ibáñez, varón mediterráneo, como Ulises, para el cual el planeta entero había llegado a ser, al igual que la carretera de Zamora para el Unamuno paseante, un inagotable bebedero de los ojos y el corazón? Y los españoles, tan avezados al arte de gastar nuestros hombres y reconocer sus méritos sólo después de muertos, ¿habremos pagado nuestra deuda con este insigne español mientras un editor, el que sea, no recoja en un volumen lo más granado de sus páginas?

Félix Martí-Ibáñez, gran triunfador en Norteamerica y Ulises de todos los mares de nuestro planeta, no ha podido al fin llegar de nuevo a su Itaca, a su España. Su cuerpo muerto va a reposar en tierra neoyorquina. Pero si los paisajes tienen alma, como del soriano afirmó Antonio Machado, y si en el seno las piedras labradas perviven de algún modo la sensibilidad y la ambición de quienes les dieron su forma, más de un rincón y más de un capitel de nuestra Iberia habrán dicho sin palabras un conmovido adiós a quien en vida tanto amó todo lo que en ella ha sido levantado y noble.